

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8329

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 7 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Camartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 81 y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA RED ACCION Y ADMINISTRACION, MED. ERAS 4.

Martes 13 de Agosto de 1889

ANTE LA TORRE EIFFEL.

Salve, esbelto y magnífico coloso,
De la moderna industria hijo querido;
Férreo brazo á las nubes extendido
Por este siglo que será famoso!
Síntesis del trabajo victorioso,
Yo, humilde obrero, ante tus piés rendido,
Saludo al genio en tí, que ha concebido
De tu fábrica inmensa el hecho hermoso!
En honor á tu altiva prepotencia
Pulsa la lira este modesto vate;
Grande eres, lo confieso en mi conciencia;
Mas, debo aquí decir para rémate
Que también lo es *El Barco de Valencia*,
Soberbia torre Eiffel del Chocolate.

A los consumidores que presenten el día 1.º de Agosto 1500 cubiertas de paquetes de chocolate de *El Barco* se les regalará un palco para las corridas de toros pasando por el dique flotante, un cuello de pieles, una capa y entrada gratis en la Exposición de París.—El del ojo ausente, Caridad 3, Cartagena.

NO MAS CALENTURAS

Se acabarán las calenturas, tercianas y cuartanas por rebeldes que sean, tomando las pildoras antifébrifugas preparadas por D. Fermín Martín y Gil, Farmacéutico de Cáceres.

Es tan grande la eficacia de nuestras pildoras antifébrifugas para estas enfermedades, que no solo hacen al enfermo desterrar las Calenturas desde el momento en que las empieza á usar (siempre que sea en la forma que determina el prospecto que cada caja lleva dentro) sino que hacen que recobre el apetito perdido y como consecuencia inmediata, la adquisición de las fuerzas que no tiene, perdidas también, por causa de la enfermedad, sucediendo todo ello de una manera tan rápida en la economía, que permitiendo que el paciente continúe consagrado y sus ocupaciones constantes sean las que fueran, sin dejarlas un solo día: Tal es la naturaleza de nuestras pildoras antifébrifugas.

Precio de la caja entera. 22 rs.
Id. de la media caja. 11 rs.
Se expenden en las farmacias de los señores don Luis Rizo y Blanca, Cuatro Santos 14 y 16 y Sres. Germes hermanos; Carmen 12 y Mayor 14, Cartagena.

ANOMALÍAS.

I.
*¿A dó va el mal
Dónde hay más?*

Si observamos con detenimiento el diferente género de vida que se hace en las grandes poblaciones del que arrastran los que tienen la desgracia de vivir en los campos y aldeas, no podremos por menos de convenir en que las mejores obras que la sociedad practica en los grandes centros, no son más que un sarcasmo para las verdaderas necesidades, á que debieron su institución.

No hablaremos del deplorable abandono religioso en que yacen los habitantes de extensos territorios parroquiales confiados á un pastor que por ignorarlo todo, quizá desconoce la importancia del cargo que le compete entre sus feligreses.

Apenas desconfía una notabilidad en cualquier terreno, cuando por premio de sus servicios, se le da para con un cargo al cual va á unir su reputación en una ciudad.

Hablamos por todos y de todos el cura de almas que llevado de un celo laudable consigue con su ejemplo é inspirada palabra instruir á su grey parroquial en las

sagradas máximas evangélicas logrando que sean cristianos de hecho los que quizá no lo eran más que de palabra, alcanza una *canongia* por premio de su bien obrar y viene á sustituirle en el desempeño de su sagrada misión otro sacerdote que quizás posee el mismo deseo de obrar, pero que le falta esa santa unción profesional á que llamamos vocación, la que suple con ventaja al saber y sin la cual es imposible obtener resultado alguno satisfactorio, y esto es su suficiente motivo para convertir al menos en indiferentes á los mismos que hubieran seguido siendo los más fervorosos creyentes.

El médico que empieza su carrera práctica en una obscura y apartada aldea, y que á cambio de algunos desatendidos ó equivocaciones, consigue conocer la naturaleza de sus clientes, llegando al fin á ser un buen médico, ya puede contar por seguro su ingreso en cualquiera de esos centros científicos que son, á no dudarlo, ventajosísimos á la humanidad, pero que, no por eso dejan de absorber los mejores operarios de la ciencia médica, ocupándoles en luminosas disertaciones que aprovecharan mucho á las generaciones venideras, aunque muera la presente, de los campos y aldeas, abandonada por falta de asistencia médica.

Bueno y muy tozudo es que se ocupe dicha benemérita clase en dilucidar el modo y forma de combatir los padecimientos que aquejan á la especie humana en general, pero también lo sería el que no nos dejara á merced de noveles é inespertos Galenos, ó lo que es mucho peor, á manos de curanderos ó cirujanos menores los que por la pequeñez de sus conocimientos debieran llamarse *mínimos*.

Ahora le toca su turno á la sufrida *clase* á que pertenecemos.

¿Quién que sea maestro ó se haya ocupado algo de la enseñanza, no recuerda la célebre frase pronunciada en nuestro primer Congreso Nacional Pedagógico, llamando maestros incompletos á los que se dedican á la educación de la niñez en las pequeñas localidades?

¡Incompletos! Más que incompletos son por desgracia los conocimientos pedagógicos que posee la inmensa mayoría de los que se engalanan indebidamente con el honroso título de maestros en muchas de nuestras escuelas rurales!

¿Quién tiene la culpa de que esto suceda?

¿Es acaso el profesorado de primera enseñanza? No; y mil veces no. El profesorado español tiene demostrada su suficiencia desde mucho antes de ser en nuestra patria una carrera oficial el magisterio.

Empero á los maestros les sucede en las pequeñas localidades, lo que á los médicos y los curas; que están en ellas mientras no sirven para entrar en las ciudades, centros absorbente, como hemos dicho, de todas las capacidades que logran distinguirse.

Y es que los curas, los médicos y maestros, prefieren terminar su carrera entre el bullicio atronador de las grandes poblaciones, sujetos á las más exigencias sociales de que se venían libres continuando en el desempeño de sus cargos respectivos entre los sencillos habitantes de la aldea en donde empezaron su carrera?

No: Es que obligados unos por órdenes superiores, no siempre acertadas, otros por un mal entendido orgullo profesional y todos por el estímulo de mayores beneficios materiales, acuden en busca de la prebenda de la que carecerían siempre si persistieran en su inmovilidad.

Por eso, y circunscribiéndonos á nuestra *clase*, vemos las escuelas peor dotadas regentadas por personas estrañas al magisterio por más que los tales *regentes* consigan llamarse maestros por los que á falta de otras fuentes beben las aguas de sus inteligencias.

José Martí y Mata.

Variedades.

Solución al logogrifo inserto en el número anterior.

AMERICA.

Charada

Segunda prima tres diera
por dos prima dos tercera.

A. S. J.

La solución en el número próximo.

EL QUE A HIERRO MATA....

Todas las mañanas al levantarme hago un ruego á la Providencia, y es que me libre durante el día de caer en manos de un guasón.

Considero á los guasones como altamente perjudiciales para la buena marcha de la sociedad.

Si yo fuese un tirano los encerraría donde á los locos.

Pero no pudiéndolo hacer así, voy á cerrar contra ellos, aunque si bien con escasas fuerzas, con sobrados alientos.

El guasón se transforma á medida de los tiempos y de la cultura de la sociedad. Lo que era gracia hace veinte años, es ahora solamente majadería.

Nosotros hemos alcanzado todavía guasones del género de los tan admirablemente descritos por Figaro en sus artículos *Los daltóveras*.

Hace veinte años todavía el guasón era un bárbaro; sus bromas eran pesadísimas y sus gracias dignas de unos cuantos sopapos.

Nosotros conocimos uno de esos gloriosos restos.

Se llamaba Narciso, y faltando á su nombre y á la tradición era feo como un pecado. Esta fue su primera gracia.

De chico fue el diablo.

El era quien llenaba de abejorros la escuela, quien tiraba bolas de pan á la calva del maestro, quien llenaba de pegotes de papel machado el techo y las paredes.

En el Instituto primero y luego en la Universidad era quien iniciaba y dirigía las cerraduras á los profesores y promovía todos los motines.

Los compañeros decían siempre, refiriéndose á él, esta frase: ¡Es atroz!

Con que placer llegaban á su oído estas dos palabras! ¡Qué satisfacción les causaba la producción!

Naturalmente, siendo atroz, tenía que hacer atrocidades.

Una de sus guasones de infante estuvo á punto de costarle cara. Le began á pillar.

Hizo el amor á una chica fea y cursi y muy fresco se la pilló á sus padres.

Por quitarse aquella hipoteca de encima, estos accedieron sin más averiguaciones.

Se señaló el día para el matrimonio, y nuestro guasón citó á varios amigos á la iglesia para que presenciara la ceremonia.

—¿Pero de veras te vas á casar?—le preguntaban.

—¿Y cómo no!—contestaba Narciso.—Ya lo veréis.

Llegó el día señalado. Se presentaron los novios en la Iglesia, que estaba atestada de estudiantes en vista de la novedad del suceso.

Llegó el momento en que el cura hizo la mortal pregunta.

—Narciso Tajamar ¿quiere por esposa á Tiburcia Mantelata?

Hubo un momento de silencio, y despues salió de la boca de Narciso un suspiro colosal, que resonó en las naves del templo.

Excusamos decir el escándalo que se armó. Tiburcia se desmayó, y su familia hubieron asesinado á Narciso, si los estudiantes no los hubieran protegido en su huida.

Al día siguiente tuvo que salir de Madrid para continuar sus estudios en Zaragoza.

Esta gracia fue muy comentada en el gremio estudiantil y volvió gran popularidad á nuestro héroe.

Cada día que pasaba hacia Narciso nuevas barbaridades.

Concluida la carrera, se dedicó á frecuentar tertulias cursis, donde hacía yalecís lo que se le antojaba.

Una noche que se hallaba en una reunión, hizo que otro guason amigo suyo, que usase un poco de paja en el portal y el dió la voz de ¡fuego! La gente huyó precipitadamente, y una joven, más costurera que las demás, se dejó por una ventana y se cayó una piedra. Narciso tuvo que huir también de Zaragoza.

Donde quiera que iba nuestro guasón tenía siempre una corte de imbéciles que admiraban sus hazañas de niño de bodega.

Numerosas fueron las que llevó á cabo durante toda su vida; pero una de ellas le dejó recuerdos indelibles.

Pasóbase un día por el pueblo de Barcelona con varios compañeros, cuando se acercó á un tendero de zapatos de seda ó seda chos, ofreciéndoles su mercancía.

Embebidos en la conversación se hacían caso del muchacho que insistía diciendo:—¡Andale, cómpreme un par de zapatos!

En este momento se le ocurrió un gracia á Narciso. Cogió el muchacho en brazos y con una y todo lo tiró al agua.

Asombró guasón! Pero él fue la carcajada y se iba detrás del chiquillo, le recogió de nuevo y le vaca á la orilla.

El niño estaba espantado y Narciso riendo se como un animal.

Pero no le duró mucho la risa. Un caballero que iba en la procesión se echó un indigno con justo motivo por aquella barbaridad, se acercó al guasón y le sacudió dos patos en la cabeza que le dejó cegado.

Tres meses de cama le costó á Narciso la gracia de tirar hijos al agua.

Narciso se quedó, y cuando volvió quiso sustituir su reputación de barremista.

A su pobre mujer le hizo padecer un indelible.

Un día estaba dormido y se echó un vaso de agua en la cara.

Tantos disparos se le dieron en ella cuánto infeliz se mostró en su reacción.

Para que se viera que el que á hierro mata...

...se mata á sí mismo.

Algunos cierto día se acordaron Narciso de la Vintaronte los amigos entre los cuales había un médico.

—¿Vamos á darle una broma?—dijeron en el café antes de ir á verle.